

ballero, y olvidanos. Pero si cuando seas mayor y estés casada y rica, encuentras, por casualidad, una compañía ecuestre, no te muestres inflexible con ellos; no seas con ellos orgullosa; protégeles pidiéndoles un espectáculo, si te es posible. Preciso es que el mundo se divierta de algún modo, caballero (continuó Sleary, convirtiéndose en hombre positivo); con este torrente de palabras, no siempre se puede trabajar, ni siempre se puede aprender. Procurad sacar partido de nosotros, en vez de empujarnos hacia el mal con el desprecio. Siempre he ganado mi vida con ejercicios de equitación; pero considero que explico la filosofía de la cosa cuando digo al mundo: «Trata de servirnos de algo, en vez de no mostrarnos más que desprecio.»

Esta lección de la filosofía Slariana fué dada, desde lo alto de la escalera, á los dos amigos que bajaban, y la fija pupila del filósofo, así como su ojo errante, perdieron muy luego de vista á los tres personajes y al lío de ropa, que desaparecieron entre las tinieblas de la calle.

CAPITULO VII.

La señora Sparsit.

Como Mr. Bounderby era soltero, una ama de llaves presidía las faenas de su casa, mediante cierta retribución anual. Esta señora se llamaba de apellido Sparsit, y os aseguro que ocupaba un rango muy distinguido entre la servidumbre encadenada al carro de Mr. Bounderby, en que se arrellanaba con aire de triunfo aquel fanfarrón de la humildad.

Porque no solamente la señora Sparsit había visto días mejores, sino que estaba enlazada con familias muy distinguidas; tenía una tía llamada lady Scadgers. El difunto Mr. Sparsit, de quien era viuda, era, por parte de madre, lo que la señora Sparsit llamaba un *Powler*. Sucedía frecuentemente á los extraños sin instrucción y de limitada inteligencia, ignorar qué quería decir un *Powler*; había algunos que hasta se preguntaban si esta palabra servía para indicar una profesión, un partido político ó una secta religiosa. Los talentos más elevados, sin embargo,

sabían muy bien que los Powlers eran los representantes de una antigua raza, que buscaban sus ascendientes demasiado lejos, para dejar de perderse de vez en cuando en el camino, lo cual les había pasado con bastante frecuencia, gracias á la ruleta, á los prestamistas judíos y á las quiebras.

El difunto Mr. Sparsi, que descendía de los Powler por la línea materna, se había casado, pues, con aquella señora que descendía de los Scadgers por la paterna. Lady Scadgers, anciana señora excesivamente gruesa, dotada de un apetito desordenado, de una afición desmedida á la carne, y de una pierna misteriosa, que hacía ya catorce años rehusaba salir del lecho, había arreglado aquel matrimonio en la época en que el dicho Sparsit acababa de cumplir su mayor edad, y se había hecho notable especialmente por un cuerpo demasiado delgado, débilmente sostenido sobre piernas tan largas como enclenques, y coronado por tan poca cabeza, que no valía la pena de que de ella nos ocupemos. Había heredado de su tío una fortuna bastante respetable, que había empleado hasta el último ochavo antes de tocarla, y que había hallado medio de hacerla desaparecer dos veces seguidas. Así, pues, cuando murió á la edad de veinticuatro años (la escena es en Calais; la enfermedad aguardiente), dejó á su viuda, de quien

se separó al poco tiempo de la luna de miel, en una posición bastante precaria. La inconsolable viuda, mayor que él quince años, no tardó en indisponerse con lady Scadgers, la única pariente que le quedaba, y consintió en reducirse á ganar un salario, tanto por ajar el orgullo de milady, cuanto por procurarse algunos medios de subsistencia. Hela, pues, en el último tercio de su vida, á pesar de su soberbia nariz á lo coriolano, y sus espesas cejas negras, que habían conquistado á Mr. Sparsit; hela, pues, en este momento haciendo una taza de te á Mr. Bounderby, en tanto que el señor se sienta para desayunarse.

Aunque Bounderby hubiera sido un conquistador, y la señora Sparsit una princesa cautiva, arrastrada en su séquito como uno de los accesorios de su corte triunfal, ni el uno ni el otro hubieran sido más de lo que realmente eran. Tanto como su vanidad le impulsaba á Bounderby á despreciar su propio origen, tanto esta misma vanidad le hacía exagerar el de la señora Sparsit. Del mismo modo que nunca quería admitir que su propia juventud hubiese sido notable por una sola circunstancia feliz, se complacía en embellecer la joven existencia de la señora Sparsit con una aureola de bienestar, sembrando infinidad de rosas en el camino que había recorrido aquella mujer.

—Y sin embargo, caballero (acostumbraba á decir por vía de conclusión), ¿cómo ha concluído esto, después de todo? Ahí la tenéis, que por cien libras anuales (le doy cien libras, paga que ella tiene la bondad de juzgar muy decente) gobierna la casa de Josué Bounderby de Cokeville.

Hacía resaltar con tanta frecuencia aquel contraste viviente, que algunas personas extrañas se apoderaron de aquella arma, y llegaron á manejarla con mucha destreza. Ciertos individuos, que en todas las cosas se mostraban muy moderados, se levantaron de repente á la conclusión de un banquete de cokevillanos, y se ocuparon de Bounderby en discursos de una elocuencia arrebatadora. Según ellos, Bounderby representaba á la vez las insignias de la majestad, la bandera de Inglaterra, la gran Carta, John Bull, el *habeas corpus*, los derechos del hombre, la Iglesia, el Estado, lo de «la casa de un inglés es una fortaleza....», lo de «Dios salve á la reina....» Todo esto lo reunía Bounderby. Y cuando uno de aquellos oradores citaba en su peroración (lo cual sucedía diariamente) este dístico tan conocido:

«Príncipes y señores se ven de alto caer;
El soplo que los hace los puede deshacer.»

el auditorio quedaba plenamente convencido de que se trataba de la señora Sparsit.

—Señor Bounderby (dijo la señora Sparsit); está V. hoy tardando en almorzar más tiempo que el de costumbre.

—Sí, señora (respondió); es que pienso en ese extravagante de Tomás Gradgrind, que se ha empeñado en educar á la niña saltimbanqui.

—Justamente la niña (dijo la señora Sparsit) espera que se le diga si debe irse directamente á la escuela, ó empezar por irse á Pierre-Loge.

—Preciso es que espere, señora (respondió Bounderby), hasta que yo mismo sepa lo que se ha de hacer. Presumo que no tardaremos en ver llegar á Tomás Gradgrind. Si quiere que la niña permanezca aún un día ó dos en casa, claro es que por mi parte no hay inconveniente, señora.

—No hay para qué decir que se quedará en casa, si V. tiene gusto en ello, señor Bounderby.

—Ayer tarde ofrecí á Tomás Gradgrind ponerle á la niña una cama en cualquiera habitación, á fin de que tuviese el espacio de una noche para reflexionar antes de decidirse á entablar relaciones entre Luísa y la hija del señor Jupe.

—¿De veras, señor Bounderby? Esa prudencia honra á V. mucho.

La nariz coriolanesca de la señora Sparsit sufrió una ligera dilatación de las ventanillas, y sus negras cejas se contrajeron, en tanto que tragaba un sorbo de te.

—Me parece evidente (dijo Bounderby) que

la hija de mi amigo no reportará ventaja alguna de semejante sociedad.

—¿Habla V. de la señorita Gradgrind, señor Bounderby?

—Sí, señora; hablo de Luísa.

—Como hablaba V. solamente de la hija de su amigo (dijo la señora Sparsit), y hay en casa otra niña, no sabía á cuál de las dos se refería V.

—Á Luísa: un hombre como yo no tiene amistades en los circos.

—Es V. un segundo padre para Luísa.

La señora Sparsit sorbió otro poco de te; y mientras fruncía de nuevo su poblado entrecejo por entre los vapores de la taza, su fisonomía clásica parecía hacer una invocación á las divinidades del infierno.

—Si hubiera V. dicho que soy un verdadero padre para Tomás: hablo del joven Tomás, y no de mi amigo Tomás Gradgrind, hubiera V. estado más cerca de la verdad, pues quiero emplear á ese joven en mi escritorio. Voy á cubrirle con mis alas, señora.

—¿De veras? ¿Pues no es demasiado joven para eso, señor?

El *señor* de la señora Sparsit, dirigido á Mr. Bounderby, era un término de grande ceremonia, más bien destinado en su pensamiento á darse cierto aire de importancia, que á servir de título honorífico al plebeyo que tenía delante.

—No voy á traérmelo en seguida; antes es preciso que esté lleno de ciencia, que se haya terminado su educación (dijo Bounderby). ¡Cuánto se alegrará ese niño cuando sepa los escasos conocimientos que á su edad poseía mi cabeza! (Entre paréntesis, el joven Tomás no podía ignorarlo, porque se lo habían repetido mil veces.) Era verdaderamente extraordinaria la dificultad que yo tenía para expresar las ideas más comunes, y aún todavía no dejo de decir simplezas de cuando en cuando. Por ejemplo: hace media hora que le estoy hablando á V. de volatineros, como si una mujer como V. pudiera tener trato con semejante canalla. En la época en que el permiso para dar saltos y cabriolas como ellos, hubiera sido para mí una fortuna loca, el premio gordo de la lotería de la vida, V. estaría en los Italianos, V. saldría de la Ópera con su traje de satén blanco, cubierta de joyas, vaporosa y radiante, mientras que yo no tenía un cuarto para comprar la tea con que hubiera alumbrado á V. hasta la puerta de su carruaje.

—Es verdad, señor (respondió la señora Sparsit con una dignidad triste, pero serena), que en mi juventud fui una de las abonadas al teatro de la Ópera.

—Yo también era otro de los abonados, pero no por dentro, sino por fuera. Le aseguro á V. que el pavimento de sus arcadas es una cama

muy dura. Las personas como V., señora, acostumbradas desde su infancia á dormir sobre pluma, no tienen idea alguna de la excesiva dureza de un lecho de ladrillos. Preciso es haberlo probado para comprenderlo. ¡Oh! No; no está bien que se hable de volatineros á una señora del rango de V. Mejor sería hablar de bailarines extranjeros, del barrio *fashionable* de Londres, de fiestas, de lores, de ladies y honorables.

—Me complazco en creer, señor (replicó la señora Sparsit, con decente resignación), que no es indispensable que me hable V. de semejantes cosas. Me jacto de saber someterme á todas las vicisitudes de la vida. Prefiero oír el relato instructivo de las duras pruebas que ha sufrido V., y de las cuales nunca me canso de oír hablar, lo cual, en mi caso, sucedería á cualquiera otra persona.

—Puede ser, señora, que haya gentes tan atentas que demuestren cierta complacencia en escuchar, á pesar de lo brusco de su lenguaje, todo lo que Josué Bounderby de Cokeville ha sufrido en su vida. Pero V., señora, tiene que confesar que ha nacido en la opulencia. Vamos: ¿confiesa V. que ha nacido en la opulencia?

—No me atrevo á negarlo,—replicó la señora Sparsit, moviendo la cabeza.

Mr. Bounderby se vió precisado á dejar la mesa y sentarse á la chimenea, á fin de conside-

larla mejor: tan orgulloso estaba del relieve en que le ponía aquella aristócrata.

—¿Y frecuentaba V. la más alta sociedad, una sociedad educada diabólicamente?—añadió, acercándose al fuego.

—Es verdad, señor,—replicó la señora Sparsit, con cierta afectación de humildad, exactamente contraria á la de Mr. Bounderby, lo que alejaba todo riesgo de un conflicto.

—V. se contaba entre las personas de más elevada clase,—dijo Bounderby.

—Sí, señor (replicó la señora Sparsit, con cierto aire de viudez social). Eso es incontestable.

Mr. Bounderby, adelantando las rodillas, abrazó literalmente sus propias piernas en señal de satisfacción, y se echó á reír á carcajadas. Pero anunciaron á Mr. Gradgrind y su hija: recibió al primero con un apretón de manos, y á la segunda con un beso.

—¿Podría V. hacer que viniera Cecilia?—preguntó Gradgrind.

—¿Por qué no?

Cecilia llegó. Al entrar hizo un saludo á mister Bounderby, á su amigo Tomás Gradgrind y á Luisa; pero, en su turbación, tuvo la desgracia de olvidarse de la señora Sparsit. El tempestuoso Bounderby, que observó esta omisión, juzgó á propósito hacer las siguientes observaciones:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONSO REYES
SAN ANTONIO, MEXICO

—Voy á decirte una cosa, hija mía. Esa señora que estás viendo cerca de la tetera, se llama la señora Sparsit, y ejerce aquí las funciones de ama de casa. Por consiguiente, si te vuelve á suceder entrar en cualquiera habitación donde ella se encuentre, saldrás en seguida, si no te conduces con esa señora tan respetuosamente como te sea posible. Ya sabes tú que me importa poco la manera con que me trates, porque no tengo la pretensión de ser algo en el mundo. Lejos de tener parientes colocados en alta posición, hoy no vive ningún miembro de mi familia: he salido de la espuma de la sociedad. Pero tengo mucho empeño en que te conduzcas con esa señora de un modo conveniente; la tratarás con deferencia y respeto, ó no podrás estar en mi casa.

—Me complace en creer, Bounderby (dijo Gradgrind, con cierto acento conciliador), que Cecilia sólo es culpable de una sencilla inadvertencia.

—Señora Sparsit: mi amigo Gradgrind está seguro de que esa niña sólo es culpable de una sencilla inadvertencia. No me parece inverosímil; pero V. sabe muy bien, señora, que yo no permito que le falten al respeto ni siquiera por inadvertencia.

—Es V. muy amable, caballero (replicó la señora Sparsit, moviendo la cabeza con pomposa

humildad). Esto no vale la pena de hablar tanto.

Ceci, que durante este coloquio se había excusado tímidamente con los ojos llenos de lágrimas, se acercó á Mr. Gradgrind, obedeciendo á un gesto del dueño de la casa. Permaneció inmóvil, con la vista fija en su protector, y Luísa, por su parte, se separó de su padre con el aire frío y los ojos bajos, en tanto que éste continuaba diciendo:

—Cecilia: me he decidido á llevarte á mi casa, y á emplearte, tan luego como dejes de ir á la escuela, en el servicio de mi esposa, que no goza de buena salud. He explicado á la señorita Luísa (ésta es la señorita Luísa) la terminación desgraciada, pero natural, de tu reciente carrera; por supuesto, es inútil advertir que debes olvidar tu pasado, y no hacer á él, en tu vida, la más leve alusión. Solamente desde hoy empieza tu historia. Sé que vives en la ignorancia.

—Sí, señor, en mucha ignorancia,—respondió la niña, haciendo una reverencia.

—Tendré la satisfacción de darte una educación positiva; y para aquellos con quienes la casualidad te ponga en relaciones, serás una prueba viviente de las ventajas del sistema que debe presidir á tu educación. Vas á ser regenerada y restaurada. ¿Sin duda tendrías costumbre de leer en voz alta á tu padre y á las gentes en cuya

compañía te he hallado?—preguntó Mr. Gradgrind, que le había hecho una seña para que se acercase y había bajado la voz antes de formular la pregunta.

—Yo no leía en alta voz más que para papá y Patalista. Es decir, leía para que me oyese papá; pero Patalista nos acompañaba siempre.

—Dejemos á Patalista, Cecilia (dijo Mr. Gradgrind, que había ya fruncido el entrecejo). Esa no es la cuestión. ¿Conque tenías costumbre de leer á tu padre?

—¡Oh! Sí, señor, mil y mil veces. Por cierto que aquellos eran días muy felices.... ¡Ay, señor; los más felices de todos cuantos hemos pasado juntos!

Hasta este momento, en que estalló el dolor de la niña, Luísa no la había mirado.

—¿Y qué obras eran esas que leías á tu padre?—preguntó Gradgrind, bajando aún más la voz.

—*Cuentos de hadas y la Historia del enano, el jorobado y los genios* (murmuró Cecilia sollozando), y además....

—¡Silencio! (dijo Mr. Gradgrind): basta; no hables una palabra más de esas necedades peligrosas. Bounderby, aquí tiene V. un individuo que se presta á recibir una educación bien ordenada, y seguiré adelante la tarea con el más vivo interés.

—Sea (respondió Bounderby); ya he dado mi opinión, y yo no hubiera hecho lo que V.; pero está bien, está bien. Puesto que V. lo quiere, no hay más que decir.

Acto seguido, Mr. Gradgrind y su hija condujeron á Cecilia á Pierre-Loge, y en todo el camino Luísa no pronunció una sola palabra, ni mala ni buena. Mr. Bounderby, por su parte, se entregó á sus ocupaciones diarias.

En cuanto á la señora Sparsit, se recogió á la sombra de sus cejas formidables, y pasó toda la noche meditando en la profunda oscuridad de aquel retiro.